

pecho suyo tenía que llevar y agriado por los desengaños políticos que acababa de sufrir, encontraba descanso y distracción en este saludable ejercicio; y cuando merced á su título de *lobero* pudo gozar del derecho de recorrer libremente los bosques del Estado, esta gracia, que tan exigua había parecido á los mismos que se la otorgaron, halagóle más que la cruz de S. Luís y el despacho de jefe de escuadrón.

Dos años hacía ya que el marqués de Souday vivía en el castillejo batiendo el monte día y noche con media docena de perros, ya que no podía tener mayor trailla, sin ver á sus vecinos más que lo absolutamente preciso para no pasar plaza de insociable, dando al olvido las glorias y las amarguras, los buenos y malos ratos de su vida anterior, cuando al partir una mañana con intento de hacer una exploración en la parte septentrional de la selva de Machecul, tropezó con una aldeana que llevaba en cada brazo á una niña de tres á cuatro años.

El marqués de Souday la conoció y asomáronle los colores á la cara, porque aquella aldeana era la nodriza del conde de York, á la cual hacía ya treinta y seis ó treinta y ocho meses que se había olvidado de pagar la pensión convenida. La buena mujer había ido á Londres pidiendo con gran trabajo y no menor insistencia informes del marqués en la embajada francesa. El embajador la envió á París recomendándola al ministro, y éste se había apresurado á indicarle la morada del señor Souday, seguro de que experimentaría una alegría inmensa al ver de nuevo á sus hijas.

Lo extraordinario del caso es que no se había engañado del todo. Aquellas tiernas criaturas eran un trasunto tan fiel de la pobre Eva, que el marqués al mirarlas no pudo dominar su emoción: besólas con verdadero trasporte, entregó la escopeta á la inglesa, y tomando en brazos á las niñas, entró en el castillo con aquel botín inesperado, con grande asombro de su cocinera, mujer de Nantes, que componía toda su servidumbre, y que le abrumó á preguntas sobre tan singular hallazgo.

Aquel interrogatorio le amedrentó. El marqués sólo contaba entonces treinta y nueve años, y tenía vagos deseos de casarse, pues al par que consideraba como un deber sagrado la propagación de su ilustre raza, habíase holgado mucho de encontrar una mujer que le aliviase de los quehaceres domésticos, á los cuales tenía que dedicarse á despecho suyo;

mas estos planes quedaban inevitablemente frustrados si las dos niñas permanecían con él bajo un mismo techo. Al ocurrírsele esta idea, recompensó con largueza á la nodriza é hizo que partiera al día siguiente.

Pero durante la noche se le ocurrió un medio con el cual le pareció que podría conciliarlo todo.

¿En qué consistía?

Lo veremos en el siguiente capítulo.

III

LAS DOS GEMELAS

Habíase acostado el marqués de Souday recordando aquel antiguo axioma «la noche es buena consejera.»

Durmióse arrullado por esta esperanza, y soñó...

¿Qué diríais que soñó?

Los antiguos combates de la Vendée, á Charrette de quien había sido ayudante de campo, y especialmente á un buen muchacho, hijo de un colono de su padre, y á quien había tenido á su vez por ayudante de campo.

Soñó pues á Juan Oullier, de quien ya se había olvidado y á quien no había vuelto á ver desde el día en que se despidieron en el bosque de la Chabotterie junto á Charrette moribundo.

Si la memoria no le era infiel, constábase al marqués que Juan Oullier vivía antes de incorporarse al ejército de Charrette en el villorio de la Chevrolliere, próximo al lago de Grand-lieu. Mandó pues que montase á caballo el hombre de Machecul que ordinariamente desempeñaba sus encargos, y entregándole una carta le encomendó que fuese á la Chevrolliere, en donde debía inquirir si aun vivía un tal Juan Oullier y si todavía moraba en el país. Si recibía una contestación afirmativa, debía darle la carta y hacer todo lo posible para traerle consigo; si vivía en las inmediaciones de la aldea, tenía que buscarle y evacuar del mismo modo su

cometido; si residía muy lejos, estaba encargado de averiguar cuál era el lugar de su domicilio; y por último, si había fallecido, su tarea se limitaba entonces á regresar inmediatamente para participar su muerte.

Pero Juan Oullier no había muerto; Juan Oullier no vivía en ningún punto apartado; Juan Oullier ni siquiera moraba en las cercanías de la Chevrolliere.

El ayudante de campo del ayudante de campo del general Charrette vivía en la Chevrolliere mismo.

Veamos ahora lo que había sucedido después de separarse Oullier del marqués de Souday.

De pronto habíase escondido en un matorral, de donde sin ser visto podía fácilmente observar cuanto pasaba. De allí había divisado al general Travot y la captura de Charrette, que fué tratado por él con todas las consideraciones que un hombre semejante podía tener al célebre caudillo vendeano.

Mas á lo que parece no era esto sólo lo que se proponía descubrir desde su madriguera, pues cuando Charrette fué colocado en las parihuelas y se lo llevaron los republicanos, no se dió por satisfecho todavía, y permaneció oculto atisbando cuanto pasaba á su alrededor.

Verdad es que por otro lado aun quedaba en el bosque un oficial á la cabeza de una partida de doce hombres.

Como una hora después de la instalación de este pelotón, un labriego vendeano pasó á diez pasos de Oullier, y respondió al quién vive del centinela con la palabra: *amigo*, contestación bastante singular en boca de un aldeano realista al dirigirse á los soldados de la república. Dado el santo al centinela, franqueóle éste el paso acto continuo, y llegó por último hasta un oficial, que con un gesto de indescribible repugnancia le entregó una bolsa llena de oro.

En seguida desapareció el aldeano.

Era muy probable que el oficial y los doce hombres en cuestión no hubiesen ido allí con otro objeto que el de esperar al aldeano, pues apenas se hubo éste marchado, reunieron y desaparecieron á su vez.

Pero probablemente también Juan Oullier había ya visto cuanto deseaba, pues salió del matorral como había entrado, esto es, arrastrándose como un reptil, púsose de pié, arrancó la escarapela blanca de su sombrero, y se internó en el bosque con la indiferencia y serenidad de un hombre que du-

rante tres años consecutivos había estado exponiendo diariamente su existencia.

Aquella misma noche llegó á la Chevrolliere y dirigióse á su casa, en cuyo lugar sólo se veía un montón de ennegrecidas ruínas. Entonces sentóse en una piedra llorando amargamente á la esposa y á los hijos que en la casa había dejado.

De repente oyó ruido de pasos, levantó la cabeza y vió pasar á un aldeano á quien conocía á pesar de la oscuridad de la noche.

—¡Tinguy! exclamó al verle Juan Oullier.

El aldeano se le acercó.

—¿Quién va? contestó.

—Juan Oullier, respondió el *chuan*.

—¡Guárdeos Dios! contestó Tinguy sin pararse.

Pero Juan Oullier le detuvo.

—Es preciso que me respondas á lo que te voy á preguntar, le dijo.

—¿Eres hombre?

—Sí, pierde cuidado.

—Entonces pregunta cuanto quieras; estoy pronto á contestarte.

—¿Qué ha sido de mi padre?

—Murió.

—¿Y mi mujer?

—También.

—¿Y mis dos hijos?

—También murieron.

—¡Gracias!

Juan Oullier volvió á sentarse; pero su llanto se había secado. Al cabo de un momento cayó de hinojos y oró. Ya era hora, porque estaba á punto de blasfemar. Rogó por el alma de los que habían muerto, y fortalecido luego por la fe profunda de volverlos á encontrar en un mundo mejor, fijó sus reales en aquellas tristes ruínas.

Al amanecer del día siguiente estaba trabajando con la misma tranquilidad y resolución que si su padre hubiese dirigido el arado, su mujer aderezado la comida y sus hijos jugado á la puerta de la casa. El trabajo de Juan Oullier consistía en reedificar sin ayuda de nadie su destruida cabaña. En ella vivió desde entonces con el reducido producto de su jornal, y á buen seguro que si alguien hubiese tra-

tado de aconsejar á Juan Oullier que pidiera á los Borbones un premio por lo que justa ó desacertadamente había creído él un deber, habríase expuesto á exasperar al aldeano cuya sencillez rayaba en grandeza de ánimo.

Atendido su carácter, fácilmente se comprenderá que al recibir Juan Oullier una carta del marqués de Souday en la cual éste le llamaba *su antiguo camarada* y le rogaba que pasase al momento al castillo, el buen labriego lo abandonó todo por acceder á sus deseos. Cerró la puerta de la casa, metióse la llave en el bolsillo, y como vivía solo y por lo tanto no tenía que dejar instrucción ni recado alguno, se puso en marcha acto continuo. El mensajero quiso cederle el caballo ó que por lo menos montase á la grupa, pero Juan Oullier hizo con la cabeza un gesto negativo contestándole:

—A Dios gracias, tengo buenas piernas.

Y poniendo la mano sobre el cuello del caballo emprendió una especie de paso gimnástico indicándole de este modo el que su cabalgadura debía adoptar. Aquel paso equivalía á un trote constante con el cual se ganaban dos leguas por hora; así es que al anochecer Juan Oullier llegó al castillo de Souday.

El marqués le recibió con evidente alegría; dijo que todo el día había estado angustioso, temiendo que Juan Oullier se hubiese ausentado ó muerto; pero no hay necesidad de decir que la causa de aquel sobresalto no era Juan Oullier, sino él mismo; pues ya hemos advertido á nuestros lectores que el marqués de Souday era un tanto egoísta.

La primera diligencia del marqués fué tomar aparte á Juan Oullier y confiarle la embarazosa situación en que se encontraba; mas éste, que lloraba la muerte de sus hijos asesinados, no acertaba á comprender que un padre pudiese separarse espontáneamente de sus hijas. No obstante, aceptó la proposición del marqués, que consistía en encargarse de hacer educar á las niñas hasta que se encontrasen en edad de entrar en un colegio, para lo cual debía buscar en la Chevrolliere ó en sus alrededores á alguna honrada mujer que les hiciese las veces de madre, en cuanto puede una mujer extraña suplir para un huérfano la falta de aquella.

Indudablemente, aunque las dos muchachas hubiesen sido feas y ariscas en cuanto cabe, Juan Oullier se habría guardado muy bien de rechazar las proposiciones de su antiguo jefe; mas eran por el contrario tan dóciles y hechiceras, era

su sonrisa tan cariñosa, que el buen aldeano las amó desde luego con toda la sinceridad y ardor con que saben hacerlo aquellos honrados campesinos. A su decir, aquellos blancos y sonrosados semblantes con sus largos y hermosos rizos le recordaban tan vivamente los ángeles que antes de la Revolución rodeaban el altar mayor de Grand-lieu, que al verlos había sentido un instintivo deseo de arrodillarse.

De todos modos, quedó convenido que al día siguiente Juan Oullier se llevaría á las dos niñas.

Por desgracia, durante el tiempo que había trascurrido desde la partida de la nodriza hasta la llegada de Juan Oullier llovió sin intermisión; al verse el marqués aprisionado en su castillo sintió algunos síntomas de aburrimiento, y notando que se fastidiaba, llamó á sus hijas y púsose á jugar con ellas. Colocó á una de las niñas á horcajadás sobre su cuello, y sentando á la otra sobre sus caderas, recorrió á gatas como el Bearnés todo el aposento. Pero el marqués de Souday había refinado los juegos con que Enrique IV entretenía á su prole, pues imitaba perfectamente con la voz el sonido de la bocina y los ladridos de una jauría completa.

Este simulacro de caza había divertido al marqués de un modo extraordinario, y es ocioso decir que las niñas jamás se habían reído tanto. Por otro lado habían cobrado afición á las tiernas caricias é infinitas travesuras con que su padre las entretenía durante todo aquel tiempo sin duda para acallar los gritos de su conciencia contra aquella brusca é injustificada separación después de tan larga ausencia; por manera que sin sospecharlo las pobres muchachas mostraban á su padre un cariño y una gratitud excesivamente peligrosos para el éxito de sus proyectos.

Sucedió pues que cuando á las ocho de la mañana paró en el patio del castillo el carri-coche que debía llevarlas al pueblo de Juan Oullier y las niñas comprendieron el objeto de su venida, ambas prorrumpieron en abundantísimo llanto.

Berta se abalanzó á su padre, abrazóle las rodillas, y colgándose de las piernas de aquel buen caballero que tantas golosinas les daba y hacía de caballo con tanta habilidad, se las sujetó tan fuertemente con sus débiles manecitas, que el pobre marqués al tratar de desasirlas temía quebrárselas.

Por lo que hace á Mary, habíase sentado en un escalón y se limitaba á llorar sin decir palabra; pero era su llanto tan

amargo y sincero que Juan Oullier se sintió mucho más conmovido al ver su mudo pesar que al presenciar la ruidosa desesperación de su hermana.

Agotó el marqués de Souday toda su elocuencia para persuadirles de que si consentían en dejarse llevar, encontrarían más golosinas y se divertirían y jugarían mucho más que permaneciendo á su lado; pero sus esfuerzos se estrellaron contra el llanto y los sollozos de Mary y contra el pataleo de Berta que le abrazaba fuertemente las rodillas.

Impacientábase ya el marqués y estaba para apelar á la fuerza al ver la inutilidad de su oratoria, cuando al alzar los ojos los fijó en Juan Oullier y reparó que dos lágrimas surcaban sus atezadas mejillas: lágrimas que eran una súplica para el marqués y una reconvención para el padre; así que al notarlas hizo seña á Juan Oullier de que desenganchara, y mientras Berta observándola saltaba de alegría, acercóse el marqués al cochero y le dijo:

—Mañana partirás.

Como aquel día el tiempo era soberbio, quiso el marqués aprovechar la permanencia de Juan Oullier en su casa para hacer una batida acompañado de su antiguo camarada; por lo que le llamó á su aposento para que le ayudase á ponerse el traje de caza. El aldeano se horrorizó del espantoso desorden que reinaba en la estancia de su amo, de la cual éste tomó pié para desahogarse contándole las desazones que le ocasionaba su femenino escudero, quien aunque muy experto en materia de guisos, era muy descuidado en los demás quehaceres domésticos, especialmente en los de ayuda de cámara. Tan cierto era lo que el marqués acababa de decir, que hubo de emplear más de diez minutos en revolver todo el cuarto para encontrar una chupa que no llorase la pérdida de todos sus botones y unos calzones que no tuviesen que deplorar una solución de continuidad sobrado indecorosa.

Pero tanto buscó que al fin dió con ellos.

Como á pesar de su título de montero los recursos del marqués eran muy limitados para que pudiese tener un mozo de tralla, él mismo mandaba y apoyaba los perros; obligado pues á vigilar y apuntar bien, acontecía que las más veces regresaba jadeante y con el zurrón vacío.

Pero cuando le acompañó Juan Oullier, la cuestión varió de aspecto, pues encontrándose entonces el aldeano en todo su vigor, trepaba las más escabrosas eminencias y las rocas

más escarpadas con la agilidad de un gamo; saltaba zarzas y malezas para no dar enojosos rodeos, no separándose ni un ápice de los perros merced á sus piernas de acero, y dirigiendo la jauría con tanto acierto, que el acosado jabalí apeló á la fuga para burlar á sus encarnizados perseguidores, y se decidió á esperarles en la espesura para hacerles cara cuando asomaran. Así cupo al marqués el placer de matarlo frente á frente.

Al volver de la expedición, no sabía éste cómo expresar su júbilo, y prodigaba á su compañero grandes elogios y cordiales epítetos por la grata jornada que acababa de proporcionarle. Durante la comida mostróse muy festivo y alegre, y hasta inventó nuevos juegos para divertir á las niñas á fin de que participasen de su contento.

Por la noche y al ir á acostarse encontró el marqués en su aposento á Juan Oullier sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Tenía delante un gran montón de ropa y recomendaba unos rotos calzones de terciopelo.

—¿Qué diablos estás enredando? le preguntó el marqués.

—El invierno es muy frío en este país, sobre todo cuando sopla el viento del mar, y de seguro que al volver á mi casa tendría calambres en las piernas sólo al pensar que la brisa puede penetrar en las vuestras por semejantes desgarrones.

Y esto diciendo, enseñó Juan Oullier á su amo los calzones rotos de arriba abajo.

—¡Hola! ¿Eres sastre? le preguntó el marqués.—¡Válgame Dios, señor marqués! ¿qué no sabrá hacer quien como yo ha vivido solo más de veinte años? No soy sastre, pero he sido soldado, lo cual da lo mismo, pues el que ha servido nunca se apura por poca cosa.—Y acaso ¿no lo he sido yo?—Perdonad, señor marqués; vos habéis sido oficial, y no es lo mismo.

El marqués de Souday contempló admirado á Juan Oullier, se acostó, y púsose á roncar destempladamente mientras el antiguo *chuan* continuaba impasible su tarea.

A media noche despertó el marqués y vió á Juan Oullier trabajando todavía; pero el montón casi no había menguado.

—¡Por vida del otro, Juan amigo! exclamó incorporándose: ¿te has propuesto trabajar hasta mañana?—¡Ay, señor! mucho lo temo.—Nó, amigo mío; no lo consentiré. Anda, acuéstate; te irás cuando hayas remendado toda esa balumba, y así podremos dedicar otro día á la caza.